

La multitud en las cumbres

En torno al "Ariel" de Rodó

EL año de mil novecientos se señaló en la historia del pensamiento americano por la aparición de *Ariel*, el libro más comentado y sustancioso de Rodó. Medio siglo después, me acucia la inquietud de saber si el mensaje del escritor uruguayo a la juventud de América conserva la vigencia de aquellos años.

El ensayo hispanoamericano del siglo pasado está generalmente marcado de circunstancialidad, en la cual suele tener tanta cabida la política, como la sociología, la economía, la filosofía y la estética. Las obras admonitorias y profetizantes, por extraña paradoja de la vida, perduran menos que las escritas sin intenciones de inmortalidad. Con esto ocurre como con las frases históricas, que duran más cuando son enunciadas al desgaire que cuando se han mascullado la noche anterior: traen el olor de la lámpara de aceite y trasuntan abiertamente su artificiosidad. Lo mismo en los negocios, en poesía y en el amor. La in-

mortalidad literaria no es susceptible de precauciones. Parece como si la eternidad fuera una especie de la temporalidad, del mismo modo que la universalidad tiene sus raíces más seguras en la regionalidad.

Ariel es un mensaje, con la futura metida bien adentro. Es una incitación de futuro, una tesis de prospección, que fatalmente, y por no haberse engendrado en la adivinación, trae en su propio seno el estigma de la permanente desactualización. Pero, precisamente, en esta inalcanzada premonición, es decir, en su inevitable circunstancialidad temporal y local, reside la clave de su permanencia. El tiempo mismo, al cual pretendía anticiparse con osadía la obra, se ha encargado de valorizarla, dejándola atrás, con una suerte de desfasamiento que hoy encanta y agrada. En este año de 1957, yo no me atrevería a predicar el mensaje de Rodó ni a legarlo testamentariamente a las futuras generaciones.

En vida del ilustre pensador oriental, bien estaba una invitación al arielismo. Rodó interpretó la necesidad perentoria de la América latina novecentista: la espiritualización del hombre según el patrón mediterráneo. En esa época, ninguna instancia parecía más firme y protectora que la belleza griega, y el bien cristiano, armónicamente ensamblados en San Pablo, representante de un modelo de vida interior, que podría proponerse sin riesgos a los jóvenes de Hispanoamérica. Pero Rodó comprendió, con sagacidad sociológica, que en toda antinomia un término lo es en relación con otro, en tanto éste es precisamente todo lo opuesto de aquél, y por consecuencia, la interioridad hace apodícticamente necesaria la exterioridad. Tengo para mí que en esta oposición radica el fundamento esencial del mensaje de *Ariel*, y por inferencia lógica con lo dicho más arriba, este fundamento viene a ser la parte más circunstancial de su libro, y por ello, la más atrayente y la más desarticulada del momento histórico que vivimos.

Es evidente que la temática conceptual de *Ariel* tiende a formular un programa de vida, individual y nacional, para los pueblos jóvenes de América. La apología de la juventud señala el comienzo de la obra y sirve de motivo para terminarla, porque Rodó cree, con frase suya, "que América necesita grandemente de la juventud". Pero son condiciones para que esta necesidad se pos-

tule, que los jóvenes americanos tengan fe en sí mismos, entusiasmo y esperanza. La meta final de esta juventud es la que Rodó ha querido determinar en sus páginas, debatiendo su ánimo entre un cúmulo de paradigmas culturales dados en la historia y un equipo de ideas filosóficas elaboradas a través de la historia.

Desde muy antiguo, en la cultura occidental se ha planteado el conflicto del ideal de vida, sin que nadie haya podido quitarle de la bíblica disyuntiva entre Marta y María, o sea la vida contemplativa y la vida activa. Tampoco, mientras viva el hombre, podrá desprenderse de esta polaridad de fines, que es en definitiva la que le impone su pobre naturaleza material y espiritual, mortal e inmortal. Entre interioridad y exterioridad está el hombre, y en tal suerte de dependencia, que el exceso de una comporta el defecto de la otra, y el olvido de las dos conduce a la nada viviente. Por supuesto que Rodó no podía modificar estos supuestos de la existencia humana, y debía elegir para formular su programa. Y eligió, naturalmente.

Escogió una forma mixta de vida para los jóvenes de América, esto es, interioridad y exterioridad. Para el reino interior o espiritual, Rodó predicó el ideal grecocristiano, el sentido de la belleza de los griegos, y el contenido religioso-moral del cristianismo, los que históricamente han tenido su manifestación más ca-

bal en la latinidad. Más aún, este proyecto de espiritualidad es esencialmente helénico, o por lo menos helenizante, porque Rodó vino a encontrar en San Pablo, acaso más que en Jesús, el tipo histórico de espiritualismo armónico, preferencia honesta de su parte, sin lugar a dudas, pero más coherente con su temperamento antirromántico y modernista. De los griegos el ideal de belleza, y del cristianismo el ideal del bien, la justicia, el amor y la igualdad. Su concepción ética del ser humano es, ante todo, y sin paradoja, estética, porque declara que la belleza fundamenta al bien, y el sentimiento estético, es el superior de entre todos los sentimientos humanos. El arte tiene un valor moral universal, y la ley moral, no es más que una estética de la conducta. El mal y el error son disonancias, como el bien y la virtud son armonías. En el trasfondo de todo esto, subyace Schiller, con su teoría de la educación estética del hombre, con la única diferencia de que el escritor germano no le daba a la misma más valor que el especulativo, y no se hacía ilusiones con la practicidad de tan bonito proyecto. Las riendas de la conducta humana son para Rodó el buen gusto, criterio que en la historia de las ideas estéticas ha tenido varios renacimientos, y consiguientemente, varias muertes por su carácter meramente subjetivo e impreciso. En el mundo de valores de Rodó, belleza, virtud y verdad, se

identifican: son tres epifanías de un mismo ser.

El ideal estético griego, como ideal para obras artísticas contemporáneas, no creo que sea de por sí aconsejable, en el sentido de que convenga reproducirlo o reactualizarlo. Mucha agua ha pasado debajo del puente, y Grecia, a pesar del "milagro", ha perdido actualidad para el hombre moderno. El siglo pasado fué muy afecto a mitificar el contenido de la cultura helénica y otorgarle vigencia definitiva para todos los tiempos. Sin discutir —ni pretenderlo siquiera— la excelencia del arte, la literatura y la filosofía de Grecia, es imperioso aceptar su desajuste con el siglo actual, sin desmedro alguno de su valor. Toda cultura humana es por fatalidad temporal, y sería insensato proponer disyuntivamente Tennessee Williams o Esquilo, Chaplin o Aristófanes, Toynbee o Heródoto, Verlaine o Píndaro. Cada año, su trabajo, y todos con la cultura. Lo ético quiere explícitamente fundamentos de la misma naturaleza, para evitar determinaciones incoherentes.

Todo esto es valioso y ponderable, sin embargo, en cuanto revela una voz clamante contra el peligro cierto en América latina, de apetencias materiales y conductas instintivas y concupiscentes, que Rodó previó con sagacidad. Entramos, pues, en el otro término de la antinomia, la vida exterior, la acción. Con ser, como fué, un temperamento y una

vocación auténticamente estética, Rodó se ha colocado con sus ideas sociológicas en un nivel pocas veces igualado en estas latitudes. Hacía falta una delicada sensibilidad para percibir con los matices que él lo hizo, la realidad social de la América latina y los peligros que se cernían sobre sus incipientes realidades políticas. Para ofrecer un paradigma histórico de vida externa, Rodó debió también seleccionar. Su filiación positivista y su devoción por Taine, lo precavieron contra la concepción unilateral del hombre, en el sentido interno o externo, y extrajo del cajón positivista el respeto a la ciencia, la técnica, el progreso y la democracia. Así, el *homo* de Rodó es un ser dotado de integridad, y ambivalente. Aquí reside, en mi opinión, lo más notable del mensaje del arielismo: una sociedad justa, equitativa, con igualdad de posibilidades para todos los ciudadanos, una sociedad con premios y castigos. En la ciudad perfecta, por contraste con las utopías clásicas y renacentistas de estados ideales, no existe el falso igualitarismo ni el orgulloso culto de héroes; existe un punto inicial de posibilidades para todos, y un escalonamiento de jerarquías, por méritos y obras cumplidas. El espíritu de la democracia es esencial para nuestra civilización, y en ella reside el verdadero instrumento de selección espiritual, que permite el curso del progreso y el perfeccionamiento. "La emulación —dice al res-

pecto Rodó—, que es el más poderoso estímulo entre cuantos pueden sobreexcitar, lo mismo la vivacidad del pensamiento que la de las demás actividades humanas, necesita, a la vez, de igualdad en el punto de partida, para producirse, y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores, como objeto final". Realmente, éste es un concepto capital en materia humana y social, y no sería exceso considerarlo como uno de los principios motores de toda la actividad humana.

Rodó testifica que en toda democracia debe haber un elemento aristocrático, cuya esencia es la superioridad de los mejores, pero asegurada sobre el consentimiento libre de todos los integrantes del cuerpo. En suma, el criterio básico de la sociedad humana consiste, para Rodó, en el mérito, que es el que confiere ciertos derechos. Muchos años antes que otros filósofos —y en particular pensamos en Ortega—, el pensador uruguayo entrevió el fenómeno descrito por los ensayistas contemporáneos, como el advenimiento de las masas a un nivel histórico de importancia, y para él propuso Rodó la farmacopea de la belleza, en su múltiple gravedad de moral, amor, bien y buen gusto, en sintética armonía y finalidad.

Rodó postuló en contra de la "nordomanía" vigente en sus tiempos, acaso inspirado en profundos y sinceros motivos de patriotismo, y coincidente en ciertos aspectos con el

Darío denunciador del coloso del norte. No es éste lugar para apreciaciones que no sean literarias, pero es posible que también Rodó se haya dejado influir por una cierta nostalgia romántica hacia el pasado europeo de nuestros antecesores y una reverencia admirativa por la naturaleza pródiga de América, y, a fuer de positivista, también por una confianza casi determinista en el mito del progreso y la perfectibilidad social. Quizás en estos sentimientos haya que buscar la interpretación de su posición frente al utilitarismo, que por ese entonces parecía irreductible con toda espiritualidad, y producto específico de un solo país americano. Para Rodó, enemigo de todo utilitarismo materialista, la mentalidad del norte le hacía temer por los tradicionales valores de la civilización occidental.

Sin embargo, la proclividad al análisis reflexivo y la serenidad de su espíritu, fueron una vez más obstáculo para que pudiera confundir aspectos distintos de un mismo hecho y tomara un vitalismo psicológico y nacional, natural en un pueblo cargado de energías, por un burdo materialismo y una concepción antiespiritualista de la vida. Optó, como era de esperar de su inteligencia, por un tipo de vida mixto, equilibrado y armonioso. Los años han venido a darle la razón, y dos anécdotas paralelas parecen indicar que una vida y otra son compatibles. Rodó recuerda en su libro la frase

de Saint-Victor, según la cual el dinero acumulado por el mercantilismo de los estados italianos, pagó los gastos del Renacimiento. Viene al caso, pues, la palabra de Robert Frost, el patriarca de la poesía contemporánea de los Estados Unidos, quien acaba de expresar que aun en su país, los poetas no suelen ser ricos, pero que mucho de su sustento se origina en la prodigalidad y la afición artística de Wall Street.

Quiero terminar con la autoridad del gran Unamuno, que para España clamaba también por una adecuada simbiosis de vida interior y exterior. "Es falta de idealidad, es materialismo lo que tiene postrados a los pueblos hispano-americanos, incluso el español... Y es puro materialismo lo más de nuestra literatura, cosas que entran por los sentidos, letra, pura letra. Lo demás es para nosotros música, música celestial, nieblas hiperbóreas, embolismos septentrionales, suspirillos germánicos. Y esta literatura nos está envenenando... La poesía es una cosa y la literatura otra. Con literatura no se hace ferrocarriles, ni puertos, ni fábricas, ni agricultura, y sin poesía es casi imposible hacerlos. Y lo que come la energía allá y acá, no es la imaginación poética, no es el libre juego de la fantasía, no es la poesía, no es el saber soñar; es la literatura, o mejor dicho, el literatismo; es la constante repetición de los mismos lugares comunes; es el tresillo espiritual; es la ramplonería."